

cambiar. Los periódicos se habían apoderado de su nombre, y su retrato figuraba en todas las publicaciones ilustradas. El director de su teatro, esclarecido al fin con respecto al valor de su artista, le confió papeles en los que el talento de la joven pudo desenvolverse y afirmarse. Eva creó dos obras que obtuvieron éxito, una de Saint-Saëns y otra de Massenet; pero ella esperaba con impaciencia la terminación del drama lírico de Labarre y Derstal, de *Erin*, cuyo principal papel parecía haber sido creado para que ella le diese vida. Cuando su contrato en la Ópera Cómica llegó á su fin, el director de la Ópera se apresuró á hacerle proposiciones, que ella acogió con reserva, no sin asombro de Vancorbeil, que fué á quejarse al ministerio. Pero las influencias oficiales no pudieron obligar á la señorita Brillant para que hiciera lo que no fuese de su agrado, y precisamente lo que no era de su gusto consistía en contratarse en la Ópera sin obtener antes la solemne promesa de crear en ella la obra de Derstal. Vancorbeil replicaba ofreciéndole un papel importantísimo en *El tributo de Zamora*, de Gounod, y Eva, que aseguraba se consideraría muy dichosa ayudando en la medida de sus fuerzas á la ejecución de la obra maestra del anciano compositor, exigía la recepción de *Erin*. Todas las combinaciones fracasaban al poner este extremo sobre el tapete. El director, que deseaba ardientemente contratar á la cantante, no quería oír hablar de la obra de Ders-

tal: ni siquiera quiso oírla. Cuando le hablaban de ella, contestaba:

—Si me niego á representar *Sigur*, no es seguramente para montar *Erin*. La prensa me arrastraría por el lodo. ¿*Erin*? No me ofrece ninguna garantía. El autor no es más que un confeccionador de melodías. Ha escrito *Sueños de poeta*. ¿Y luego? ¿Que es premio de Roma? Todos lo son. Yo tengo un premio de Roma para dirigir mis coros, y otro para acompañar á mis artistas. Que el señor Derstal estrene en otra parte, y cuando haya tenido un éxito grande, entonces veremos.

Eva Brillant contestó:

—Está muy bien: ese éxito que usted exige, lo tendrá.

Rechazó la contrata que le ofrecían, salió de la Ópera Cómica, y como el teatro de Monte-Carlo no contaba con grandes novedades y ofrecía poner inmediatamente en estudio la obra de Derstal, la cantante consintió en dar representaciones en él. El reparto de la obra, de la que sólo habían de darse tres audiciones, no dejaba nada que desear. El divino Gayarre, que entonces estaba en el apogeo de su fama, cantaba la parte del tenor; Dufriche era el barítono, y para los personajes de segundo orden Derstal obtuvo también artistas de grandes méritos. Frente á un mar siempre azul, y bajo un cielo radiante, los ensayos de *Erin* fueron una delicia.

Aquella música clara, poética y apasionada

encantaba á los artistas, que sentían gran entusiasmo por la obra. No se produjo ni un desacuerdo, ni una discordancia, y el ruido de un próximo y gran éxito llegó hasta la prensa, que artajo la atención de la alta crítica, incitándola para que hiciese un viaje con objeto de oír la obra del desconocido. Los que asistieron al estreno se acordarán siempre de aquel triunfo colosal. La obra pareció encantadora, nueva y llena de promesas; pero la ejecución multiplicó el efecto. Eva, convencida de que de su esfuerzo dependía la gloria del hombre que amaba, se excedió como cantante y como trágica. Impulsada por una inspiración genial, llegó á los supremos límites de la belleza. El éxito que obtuvo no tenía precedentes. La multitud que llenaba el teatro, compuesta de extranjeros, de vividores, de enfermos, poco dispuestos para el entusiasmo, y teniendo gustos diferentes y puntos de vista opuestos, se unieron para experimentar un delirio semejante. Al caer el telón en el último acto las lágrimas rodaban por las mejillas de todos los espectadores, los gritos se confundían, y los hombres, de pie, llamaban á los artistas, pedían que se presentasen los autores y aplaudían poseídos de delirante frenesí.

Al día siguiente Derstal era célebre. Los telegramas de los periódicos anunciaban el advenimiento de un gran músico francés, y se asombraban de que para hacerse oír hubiese tenido necesidad de expatriarse. El crítico del *Temps* escribió

un artículo severísimo para vituperar la negligencia, lindante con la mala voluntad, de los directores de teatros subvencionados, y planteó de nuevo el tan manoseado problema de la necesidad de un teatro lírico. Terminaba preguntando en qué consistía que la señorita Brillant, después de su éxito en la Ópera Cómica, no hubiese podido llegar á un acuerdo con la dirección de la Ópera, y por este camino fué descubriendo todos los errores cometidos, afirmando que los cantantes franceses sólo encontraban desdén, y que sólo había contratas ventajosas para los artistas que procediesen de Italia, de Suecia ó de Rusia.

El ministro, contrariado, decidió tomar una resolución. En Bellas Artes todos tenían presente la oposición que á los deseos de Eva Brillant, de crear la obra de Derstal, se había hecho. Á consecuencia de todas estas cosas, la Ópera sufrió un fracaso tan grande como inmerecido con *El tributo de Zamora*, y entretanto *Erin*, estrenado en el teatro de la *Monnaie*, de Bruselas, había renovado el delirante éxito de Monte-Carlo. Entonces, y como por encanto, acabaron todas las resistencias. Un nuevo director tomó posesión de la Ópera, y anunciaba al público, como garantía de sus buenas disposiciones y propósitos, la contrata de Eva Brillant y el próximo estreno de *Erin*. Derstal y su amiga triunfaban; pero en la Ópera, hasta las mejores voluntades y los más sanos deseos son tardos en producir sus frutos, y dos años transcu-

rrieron sin que la obra, esperada con tanta impaciencia y curiosidad, apareciese en escena.

Durante este lapso de tiempo, la vida fué una delicia continuada para la cantante y el compositor. Se amaban, y con profunda confianza en el porvenir, dejaban pasar los meses. *Erin*, representado en todos los teatros de Europa, reportaba importantes rendimientos á su autor, y la expansión resonante de su fama preparaba los unánimes aplausos que París entero se disponía á otorgarle. Eva cantaba las obras de repertorio y perfeccionaba su talento, que iba adquiriendo considerables vuelos. Su extrema distinción había sido causa de que la sociedad más aristocrática de París considerase y estimase á la artista. Los vínculos que la unían á Derstal permanecían lo suficientemente ocultos, para que pudiese conservar una perfecta respetabilidad. Eva pasaba por una persona á la que se podía recibir en todas partes, y esta excelente reputación le proporcionaba inapreciables socorros. Su madre, siempre enfermiza, había acogido á Derstal con cierta satisfacción, no exenta de inquietud. Participaba de la felicidad de su hija; pero sus costumbres burguesas hacían que la juzgase incompleta. Un día le dijo á su hija:

—Puesto que Oliverio te quiere y tú sientes por él tanto afecto, ¿por qué no os casáis? La regularidad es indispensable para la vida: los artistas también deben vivir regularmente. Yo no puedo acompañarte á ninguna parte, pues estoy

siempre enferma, y no me queda más recurso que vivir sentada en una butaca. Un marido sería un arma muy útil para ti.

Con tranquila seguridad Eva contestó:

—Derstal se casaría conmigo si yo quisiese; pero yo no he de pedirle que haga semejante cosa. Es más, si llegase á proponérmelo, yo no aceptaría antes de que pasase mucho tiempo; sin duda porque considero que la libertad de la vida es absolutamente necesaria para un artista. Yo no pretendo demostrar que la languidez de una existencia bien regulada sea incompatible con la inspiración. Estoy segura de que Oliverio trabajaría lo mismo y tan bien como ahora, si fuese mi marido. No es desde nuestro punto de vista donde me coloco para considerar más perjudicial que útil una unión entre él y yo: es desde el punto de vista del público. Los espectadores se interesan poco por una artista casada, y mucho menos si saben que es la mujer del que canta la música ó representa la obra, pues entonces se produce en ellos cierta especie de descontento que les hace juzgar menos seductora á la cómica ó cantante. Es preciso que el público quiera á la artista que ve en escena, que la desee, que le haga soñar. Y ¿cómo experimentar todos esos alambicados sentimientos por una mujer con respecto á la cual se estén diciendo constantemente «su marido está entre bastidores, la acecha, la sigue con los ojos á todas partes, la espera, y cuando termine la representación se la

llevará burguesamente á su casa»? Toda la poesía del personaje desaparece con estos razonamientos, y se borra toda la seducción de la mujer. Cuando se dicen está casada, arreglada, tiene dueño, nada se puede hacer, ni nada se puede esperar, todo el prestigio de la artista se desvanece. Yo no quiero esto de ningún modo. Si alguien se ocupa de Derstal y de mí, deseo que digan: «Ese hombre debe ser dichoso. ¿Qué hacer para suplantarle? ¿Cómo conseguir ser tan favorecido como él?» Es preciso que me deseen, es preciso que me persigan. El entusiasmo del público se compone de una extraña mezcla de admiración y de amor, y yo no renunciaré ni á una cosa ni á otra. En cuanto á lo que á Derstal se refiere, sucede exactamente lo mismo. De ningún modo quiero que digan de él: «Sabe usted, se ha casado con Eva Brillant, y ahora es el marido de la cantante. Recoge los ramos de flores, y en la cocina de su casa enciende la lumbre con los recortes de los periódicos. Es un hombre atado al matrimonio.....» En una palabra: esto sería la decadencia para él. Debe estar completamente libre, para seguir adelante con su fuerza y con su orgullo. Su gloria sólo puede conquistarse á ese precio, y no seré yo, que tan completa se la deseo, y que todos los días trabajo para consolidarla y aumentársela, quien tenga que hacer nada para ponerla en peligro. Indudablemente, le quiero mucho más por su genio musical que por sus encantos personales; me es mucho más

querido intelectual que físicamente, y seguramente preferiría renunciar á él que tener que dejar de cantar su música. Es al artista ¿comprende usted, madre mía? á quien quiero, no al hombre; y si es preciso para que el artista llegue al pináculo de la gloria que pase por encima de mí, consiento gustosa á ser pisoteada por él.

—Tú estás loca—le replicó su madre.—Sacrificarse, como tú lo haces, por un hombre es un juego muy arriesgado. Si tienes la desgracia de demostrarle á Derstal lo mucho que le quieres, estás perdida, pues abusará de ti, y cuando le hayas ayudado á subir al pináculo, te plantará por cualquier rival. Dale tu voz mientras sea potente y hermosa, y él la utilizará para realzar el mérito de sus melodías ó de sus óperas; pero el día en que encuentre otra que le secunde mejor que tú para llegar más pronto á su fin, te procurará el pesar de hacerte ver suplantada por una nueva cantante, á la que hará triunfar en la escena y en su corazón. Esto es lo que te pronostico, si sigues como hasta ahora. ¿Quieres escucharme? Pues bien: mientras te necesita únelo á ti con lazos regulares y sólidos. ¿Dices que tiene un brillante porvenir? Pues que lo tenga para él y para tí. Así, cuando tú llegues á no poder cantar, él será quien trabaje para los dos, y, por lo menos, percibirás los intereses de las rentas que le habrás creado. Créeme, hija mía, no seas generosa con el hombre, y no te fíes demasiado del artista.

El hombre será un olvidadizo, y el artista un ingrato....

—Vamos, madre mía, usted sueña. Yo no me creo obligada á calcular de este modo. Valgo por mí misma, y tengo el orgullo de creer que si Derstal pensase en separarse de mí, perdería tanto que, si no su corazón, su inteligencia habría de impedirlo. Tranquilícese usted. Mi voz es sólida; me siento llena de energías y de valor, y el porvenir es nuestro.

Hundida en su butaca, la señora Brillant movía la cabeza con aire de duda; pero como, después de todo, su hija era festejada, celebrada, y además ganaba mucho dinero, no se atrevió á insistir ante el temor de contrariarla. Con todo, no aprobaba su modo de conducirse con Derstal, y no auguraba nada bueno.

II

Los primeros efectos de la gloria se tradujeron para Derstal en un gran número de invitaciones. Las señoras del gran mundo se habían impuesto como una obligación el presentar al joven compositor á sus invitados, y durante el invierno Derstal sirvió para aumentar la importancia de los salones en que se hace música. La atracción más grande que se podía ofrecer era la de contar con el compositor; pero Oliverio se hacía rogar mucho para acceder á tantas súplicas, por muy amables

que fuesen. Á la única casa que nunca faltó fué á la de la señora de Larsay-Bouteil, pues no podía olvidar la útil propaganda que la melómana marquesa había hecho en favor de Eva Brillant y de él mismo, y los dulces recuerdos de su vida de triunfos databan desde su aparición en casa de la noble señora. Esta había puesto apasionadamente toda su influencia y actividad para conseguir que llamasen la atención, y desde el momento en que uno y otra habían llegado á la celebridad, la linajuda señora gozaba de su triunfo tanto ó más que ellos mismos.

Con respecto á lo que había dicho á Eva, asegurándole que en su salón se doctoraban músicos y cantantes, no había habido la menor exageración. En su casa se reunía lo más escogido é inteligente que se podía encontrar, tanto entre los aficionados, como entre los profesionales, y los bandos más opuestos se encontraban allí sin querellarse nunca, sentándose junto á los devotos de Wagner y los fanáticos de Franck los discípulos de Gounod, cosa que provocaba una gran curiosidad y constituía el más seductor encanto entre los aristocráticos amigos de la marquesa. El principal sostén del salón de la noble señora era el temible crítico Lavirón, que desde hacía treinta años trabajaba en todas las ilustraciones contemporáneas en provecho de los grandes músicos del siglo XVIII, y sacrificando en el altar de Gluck á todos los maestros de las escuelas modernas. Acontecimiento

30634